

codo fue cortado y luego cayó juntamente con el espada. El rey de Tramedia no se espera a don Clarís, sino dando la buelta con su caballo se mete uyendo entre sus caballeros. El brabo caballero que a<s>nsí se le bio ir uyendo le sije como el alcón a la simple paloma, cortando brazos y piernas y cabezas que bien ancha carrera le era echa. El de la Puente y don Flordanís y Branamor el Brabo y Grabanor de Jena y el duque de Ripol, amo de don Clarís, y Artaleo el Alemán no eran sino destrucción de sus enemigos, que ansí se metían entre sus enemigos como ellos entre las obejas, ansí falsaban los duros yelmos como si de menos defensa fueran; pues los trapisondos biendo las maravillas que su señor azía<n> no estaban de bagar, que cosa estraña era de los ber. El gran Caballero de la Puente se topa con el rey Floramino con quien ubo una rezia batalla, pero en fin el rey fue muerto. Don Clarís que en sigimiento <y> del rey iba, le sigió tanto que le alcanzó; aunque el rey daba altas bozes que le defendiesen de aquel diablo, no ubo ninguno tan osado que tal osase azer; y biendo que tan zerca benía, bolbió a él su espada alta:

-¡Espera, traidor, no uyáis, -dijo don Clarís-, que y'os daré el pago de vuestro trabajo en benir a esta tierra!

Y diziendo esto, le dio con su espada por la muñeca que luego la mano bino al suelo. El rey que ansí se bio tollido, bolbiendo su caballo enpezó a uir como de primero dando grandes gritos, y llegando a donde el fo[r]tísimo Blandarón estaba, le dio grandes bozes diziendo:

-Sepas, poderoso señor, que tus reyes son ya muertos por manos de un solo caballero; que por los nuestros dioses te juro que de quatro golpes le bi matar al rey Garba y al rey Pinadeto y al rey Mibano y mí me tollió como bees.

Muy triste fue Blandarón de oír aquellas nuebas y mirando acia la batalla bio benir los suyos uyendo a rienda suelta. Los beinte reyes los socorrieron con su az, aunque tan desordenados benían que la az de los beinte reys fue en punto de se perder, que como los otros benían uyendo se lanzaron por ella con mucho<s> desconzierto. Don Clarís que tan sin concierto los bio benir matando su az, arremete<n> a ellos que gran daño los izieron y de todo punto se perdieran si Blandarón no los socorriera; el qual biendo sus dos azes desbaratada, renegando de sus dioses muebe con la suya, mas al encuentro le salieron el rey de Irlanda y el de Escocia y el duque de la Baja Borgoña con su az. Blandarón encontró al duque [...] (cf. 36r-v?).

27. CLARISEL DE LAS FLORES

de Jerónimo de Urrea
(finales del siglo xvi)

por
José Manuel Lucía Megías

TESTIMONIOS

[1] Biblioteca Apostolica Vaticana: Barberini. lat. 3610 (parte I) [→]

BIBLIOGRAFÍA: Eisenberg-Marín: n.º 1642. **EDICIÓN:** Jose María Asensio (ed.), Sevilla, Sociedad de Bibliófilos Andaluces, 1879 (fragmentos de la parte i). **ESTUDIOS:** Geneste (1973), Lucía Megías (1996) y Marín Pina (1996).

[2] Hispanic Society of America (Nueva York): HC 397/715 (parte D)

[3] Biblioteca Universitaria de Zaragoza: ms. 162 y 163 (partes II y III)

[4] Biblioteca particular de Ángel Conellas (Zaragoza) (parte III: incompleta)

TEXTOS

1. El Donzel No Conocido es raptado por la maga Filesa

Estaban asentados cuando oyeron dentro de la selva los más dulces y acordados sonos que nunca oyeron sin poder entender qué podría ser aquello; y estando todos atentos escuchando tanta diversidad de sonos y boces de gran suavidad, bieron salir de la selva a los prados que ante sí heran la más fermosa aventura que se vio: heran ninfas, así como dicen que moran en las selvas, guarnidas de diversos cendales de oro y seda bañada de mil colores, con tocados de diferentes maneras; hunos de oro, otros de flores, otros de cavellos, otros de cendales y piedras preciosas; benían sobre unicornios alvos como la niebe, guarnidos de seda india y oro. Entravan a los prados y en dos fermosas filas d'ellas tañendo y otras cantando con tanta melodía, suavidad y concierto que daba abmirable deleite a cuantos las oían y bían, salieron fasta cincuenta, huna empós de otra, sobre los domésticos hunicornios, y en medio d'ellas benía huna dueña muy anziana guarnida de paños de seda negra con hunos delgados y blancos belos por la caveza, decendiendo por los pechos dos cavos d'él fasta a tierra llegavan, sobre un palafrén tan negro como açabache, y la frente roxa y encendida como vibo fuego. Tras ella benían dos apuestos escuderos a pie guarnidos con aljubas de oro y plata, que diversas luces facían; traían de diestro hun blanco palafrén fermosso a maravilla, guarnido de seda india y oro, con muchas xenas indias y jaldes en la

testera del guarnimento. Las primeras ninfas llegaron con sus hunicornios, así en fila como benían, fasta a la fuente donde el rey y la reina con todos los que os havemos contado heran, y arribadas allí pararon los hunicornios sin cessar la armonía y consonancia de los sonos y cantares, pasando la dueña por medio y los escuderos con el palafrén empós d'ella.

Assí como arrivó cerca de la fuente, descendió d'él con tanta ligereça como lo pudiera fazer el Donzel No Conocido, y con grave passo, trayendo en la mano hun blanco cayado de marfil con que se afermava, caminó facia la parte donde los donzeles sentados heran. Algunos d'ellos y muchos otros se quisieron levantar para falle mesura, mas no se pudieron mober donde eran, sin sentir por ello afán alguno. La dueña, que como bos dijimos, facia los donzeles caminava, como arrivase al Doncel No Conocido, sin mirar rey ni reina ni otra persona, trabóle por el braço y lebantólo ligeramente sin que él defenderse se pudiesse, y llebándolo assí fasta el blanco palafrén lo subió en él con tanta facilidad como si de pluma fuera, saltando ella en el suyo no con menos ligereza, y bolbiendo a caminar por do binieran las postreras ninfas, siendo primeras con aquel espacioso passo y suabidad de sonos y cantares salieron de los prados, y se metieron por la selva donde no fueran bistos, por gran espacio sintieron las acordadas boces y en todo el tiempo los que sentados heran lebantar no se pudieron, quedando cuál podéis cuidar. (Vaticano: ff. 33r-v).

2. El Donzel no Conocido es armado caballero (precedido de una extraña aventura)

Venida la vigilia de Sant Ermenegildo, éstos y otros donzeles velaron aquella noche las armas en la capilla real del gran palacio. Venida la mañana y día solemne, el emperador y emperatriz fueron a oír la misa a la real capilla del sancto Ermenegildo, y comenzándola a dezir el obispo Basilio, hermano del Conde de Lepanto, sintió por la ciudad gran buelta, que semejaba entrar por ellas enemigos; el rumor entró por el gran palacio dando gentes altas bozes, diciendo: *¡Al mar, al mar!* No quedó hombre en la capilla que no saliese d'ella a se poner en finiestras, torres o partes donde el mar se viese. El obispo Basilio no quiso passar adelante la solemne missa fasta que el rumor fuese aplacado. El emperador y emperatriz no quisieron salir de la iglesia fasta saver la causa de tan gran buelta, que cedo lo supo porque con el mayor alarido y grito que se nunca oyó, vieron entrar fuyendo a la gran capilla tanta gente que no cabiendo en ella, se ahogavan unos con otros; venían despavoridos de haver visto en el mar la más extraña aventura que se nunca vio ni oyó; y era que, estando el mar terrible y espantoso, mostrando arrivar sus olas a los cielos, vieron salir de la extraña maravilla un gran carro de fuego con quatro edificios de manera de torres redondas, semejando las ruedas que seis parecían, y todo lo demás d'él de una enzendida brasa; tirábanlo doze cavallos marinos, a demás grandes y espantosos; venían corriendo sobre la cana espuma de las sobervias olas, lanzando a una y a otra parte fuego, a guisa de relámpagos, a la manera que en fiestas solemnes suelen lanzar por los aires artificiosos fuegos. Como los de la ciudad

viesen aquel espantoso carro venir derecho para ella, cuidando que toda la encendiese, andavan como sandíos, subiendo unos a torres altas y otros a iglesias, y otros a cassas fuertes. No passó mucho cuando le bieron entrar por el puerto a la ciudad, así como volando, travesando plazas y corriendo por carreras; y como estubiese lleno de gente que a unas y otras partes en confusio iban y benían sin saver de sí, era cosa d'espanto ver el horrible carro y monstruosos cavallos passar por cima de las gentes, lanzando por todo aquellos temerosos relámpagos, que el día temeroso del juicio semejaba ser aquel en los alaridos y temor.

D'esta manera tan horrible con bueltas y rodeo vino al gran palacio sin que alguno tubiese aviso de le cerrar las puertas, que de metal eran. Y entrando por el gran corral donde a la gran capilla iban, entró por ella pasando por cima de muchos que, viéndole venir, se ten-dían en el suelo, cubriendo las cabezas y faz por no ver su cruda muerte, lanzando los horribles relámpagos. Y como fue a la mitad de la capilla, paró, y sabed que el fuego y pesadumbre del carro y monstruos marinos no fazían daño alguno, mas de chamuscar las barvas y cavellos a los que los relámpagos tocassem, por lo que cedo se aplacó el rumor, y sin pabor alguno le venían a ver; pues como el carro parase, adesora sintieron por sus maravillosa torres sonnes y cantares de gran melodía, y levantar por ellas vanderas y estandartes de seda y oro, sembradas de flores blancas de la forma de aquellas que vieron al Donzel No Conocido en los pechos, cuando le baptizaron en la fuente. Y como una pequeña pieza escuchasen los sonnes y cantares, y se deleitasen de ver tan extraño edificio, vieron salir d'él una dueña de gran autoridad y hermosa presencia, guarnida de ropas de seda

negra con un tocado blanco a la greciana, con su rebozo, y de cada lado d'él bajava un blanquísimo velo que, descendiendo por los hombros y pechos, arribava fasta lo más bajo de las ropas que fasta el suelo llegavan. Traía en la mano diestra un cayado de marfil con que se sostenía y de la siniestra el más hermoso y apuesto donzel que en aquellos tiempos se bido. Mirávanle cuantos allí eran como por maravilla la fermosura del rostro, la compostura del cuerpo, la proporción de brazos y piernas, y el airoso y gentil semblante. Venía guarnido a guisa de monte, con una aljuba corta y ceñidor de oro berde pardillo y blanco, tejido de arte que lanzavan fermosas y varias colores; traía descubierta la caveza; su cavello era como luzidas hebras de oro, descendíale fasta los hombros.

Pues como la dueña saliese del carro y tubiese de la mano el apuesto donzel, mirando a los monstruos marinos, levantó en alto su blanco cayado, y en aquel punto como remolino de viento rebolvieron y tiraron el carro por cima de las gentes sin fazer daño más de afeitar barvas y cavellos. Con mucha presteza corrió la ciudad y salió d'ella al mar, metiéndose en la nube; de la extraña maravilla donde más no fue bisto, salió de tal manera de la gran capilla el extraño carro. La dueña passó adelante fazia donde el emperador y emperatriz eran, trayendo de la mano al fermoso donzel, yendo tras ella altos hombres y cavalleros y otras gentes por entender su benida. Assí como la dueña al emperador y emperatriz arrivó, que so paños de oro estavan y la capilla en gran silencio, y la gente atenta, fincada de finojos ant'ellos, así mismo el donzel, dixo:

-Alto emperador, acuérdesete debe, cuando estando tú preso en el gran tendejón del desemejado jayán follón

Ellaso, atendiendo la muerte, trajo allí una donzella al esforçado Argesilao que para te librar sacó de la corte del rey Anfiarao, su padre, y por su gran esfuerço matando en combate de solo a solo al cruel jayán, y sus cavalleros te libró; sepas que yo fui aquella donzella que tan noble servicio te fizo. Y soy Filena de Arcadia. Pues no será menos éste que agora te fago en traer a tu corte este fermoso doncel que el No Conocido se llama, porque otro sino yo sabe su linaje. Fágote cierto que es fidalgo, assí de madre como de padre, y él meresce que le armes cavallero y tú sólo mereces armalle. Gran serbicio, emperador, te fice en traer al preciado Argesilao en tiempo que tu bida otro remedio sino aquel tenía; pues dígotte que no es menor éste dé te tan ricas donas como son este doncel; y pues tienes por cierto que de coraçón te amo y me desvelo en te facer serbicios, te doy un abisso y entiende lo que te diré, porque assí aberná sin falla. Fágote saber que oy ha venido a tu corte quien descubrirá un escondido fuego de tanta fuerza que cegarán infinitos ojos mirando su resplandor, y por él los preciados y ricos joyeles de tu corona perderán su lustre y balor. Esfuérçarte porque tú lo berás como digo. Ora mira lo que te trayo; este apuesto y bien andante doncel, que assí lo será si algún tiempo bive, por balor en armas porná la fineça de tu corona en más subido quilate; mas ¡ay del que este fuego que a tus joyeles ofenderá, le encenderá su loçano y gran coraçón abrasándole las entrañas, de manera que ni yerba, ni encanto ni saber umano le podrá guarir, que con él no muera!

Y no pudiendo más fablar por las muchas lágrimas que de sus ojos salían, calló. El emperador y emperatriz que atentamente escuchado la avían, atendiendo ser ella la sabia Filena a

quien tanto devían, mostrándole gran amor la hicieron levantar y así mismo al Doncel No Conocido. El emperador, aunque assaz turbación le habían dado las espantossas razones de Filena, mostrando ledo semblante con su benida, díxola:

-Mi buena amiga, bós seades la bien venida esta cassa donde tanto se os debe, y pues no se vos puede pagar lo mucho que de bós debemos, sino con daros poder para que fagades de nós y de nuestros reinos a buestra guissa desde agora, vos los damos. Vuestras razones nos an puesto en gran confussión y temor del fuego que á de quitar el balor de mi corona y en gran cuidado la vida del Doncel No Conocido, que tanto amor y beneficio nos á de facer. Ved si estas ricas donas que me traedes se pueden librar del encendido fuego que decís las ha de abrassar con poner todo nuestro imperio y poder.

Filena, sossegando su coraçón, dixo:

-Ningún remedio que yo alcance tiene, si no uno; y ése le será tan dificultosso de haver que dudo lo alcance; mas Dios puede mudar la sentencia de sus hados y dalle vida y contentamiento.

La emperatriz que demás cuidaba en las espantossas razones que había dicho y le penaba entender los grandes serbios qu'el Doncel No Conocido le había de facer, y el tormento del fuego que había de passar, dixo:

-¡Ay, la mi buena amiga! Sí avéis vós dicho razones tan fuertes y temerosas que no nos han dado lugar para goçarnos con buestra benida y agradeceros el bien passado que nos havedes fecho y el placer presente de traernos al Doncel No Conocido.

Y fíçola sentar cerca de sí, quedando el Doncel No Conocido de finojos. El goço que recibió Belamir, conociendo al Doncel No Conocido, por quien habían él y sus amigos salidos de la corte del

rey Argesilao, fue tanto que en su vida mayor lo sintió, y moría porque la missa fuesse cedo acabada para le hablar.

En esto el ovispo Basilio prosiguió con gran solemnidad la missa; y acabada los donceles que habían de recibir la horden de cavallería, que en las gradas ante el altar de finojos la missa habían oído, levantándose de ellas, descendieron para ir ante el emperador ha se armar cavallero; y al tiempo que de las gradas descendía, sintieron por la capilla gran rumor, y era que bieron entrar por ella diez doncellas guarnidas al traje de la baja Alemaña, de ropas de horo y plata y sedas de dibersas colores, con chapeos pardos y blancos, guirnaldas de fojas y troncos de laurel de oro y plata sobre los cabellos que sueltos y esparcidos traían, semejando assaz fermosas. Ante ella venía una doncella algo más membruda, guarnida como las demás, y traía a su cuello una rica espada, y <cada una d'ellas> otras doncellas sendas pieças de un fermoso arnés con las sobrevistas blancas, a guissa de novel. Era el escudo la mitad de alta de color del cielo, semejando salir de entre las nubes el alva con gran claridad, y en lo bajo, en canpo roxo, la yerba tornasol. Estas doncellas sin ál acatar, faciéndoles todos carrera por do passasen, que además bien parecían, de dos en dos, llebando en las manos puestas en alto las pieças de las armas, arribaron ante el emperador y emperatriz, y faciéndoles gran mesura, ficiéronla también al Doncel No Conocido, que Filena de la mano para ellas lo traía. Y assí como allí arribaron, con tanta presteça quanto se puede uno cubrir con un mano, fue armado no dando d'esto poca maravilla a aquellos que no entendían quanto con su saber Filena facer podía. Armado el doncel, trayéndolo Finela ante el emperador, dixo:

-Vedes aquí, señor, al Doncel No Conocido que para de vós recibir la horden de cavallerías y serbios biene.

Llevantándole suso el emperador con ledo semblante, dixo:

-Decid, doncel, ¿sois fijodalgo?

El donzel buelta su faz en bivas colores dixo:

-Por tal, mi buen señor, me tengo, que mi coraçón a cossa fidalgas se inclina.

-Eso creo yo bien, -dixo el emperador-, y buestro fermoso semblante muestra que merecedes todo honor.

Y calçándole la espuela diestra dixo:

-Doncel, ya sois cavallero. Dios bos faga tal como semejades, para que se cunplan en bós todas las altas cossas que buestra apostura promete.

En esto Filena, tomando la rica espada a la doncella se la dio el emperador, diciendo:

-Hedes aquí, buen señor, la espada con que beredes al Doncel No Conocido dar fermosos golpes, mas ¡ay, d'él!, que, cuando más menester los hubiese, le faltará en parte donde las aguas que allí son su sangre serán bueltas, y aquel nuevo y escondido fuego que su loçano y fuerte coraçón dexa que le á descender y abramar, fallará en ellas, y allí perderá su balor, fuerça y esfuerço.

-Ora, buena amiga, -dixo el emperador, esforçándose a no mostrar el pesar que por estas oscuras y espantosas raço-

nes sentía-, si por essas cossas el doncel ha de forçado passar por demás nos dolemos, y si Dios como puede las á de rebocar, no es bien tener d'ellas cuidado. Y bós, Doncel No Conocido, tomad de mi mano la espada, y dalda a quien más os pluguiere que bos la di.

El doncel a maravilla ledo la tomó y dixo:

-Agravio me faría yo, mi buen señor, si saliendo de buestra mano yo consistiese que me la ciñera otra que la vuestra, pues tengo por cierto que biniendo de bós, me dará ardimiento para ser bueno.

Y con dessenboltura y gran donaire se la ciñó, y biniendo los donceles que la noche de armas havían velado con gran solemnidad, fueron del emperador armados caballeros. Don Leandio, que grandes cossas havia entendido del doncel, le rogó le ciñiese la espada, de lo que el emperador y la emperatriz assaz folgaron. En Doncel No Conocido se escussó lo más que pudo diciendo no conbenía a tan alto príncipe recibir la espada de mano de cavallero de tan poco balor como él era, más a ruegos del emperador y por el goço que Belamir le dio en el ber y que también selo rogava, se la ciñó, y assí con fiesta y goço, salieron de la capilla. (Vaticano: ff. 113r-114r).

28. CRISTALIÁN DE ESPAÑA

de Beatriz Bernal
(1545)

por
José Manuel Lucía Megías

TESTIMONIOS

[1] Valladolid, Juan de Villaquirán, 1545 (9 de enero) [→]

[2] Alcalá de Henares, Juan Íñiguez de Lequerica, a costa de Diego de Xaramillo, mercader de libros, 1586 (colofón: 1587)

BIBLIOGRAFÍA: Eisenberg-Marín: n° 1653. **ESTUDIOS:** Ruiz Doménech (1999).